



Fisiología del funcionario

Honoré de Balzac

Traducción de Hugo Savino

La gran comedia de la administración.

Más de dos millones y medio de personas
nunca leerán este libro.



 mármara



La balsa de piedra, 8

Honoré de Balzac

Fisiología del funcionario

Traducción de Hugo Savino

 mármara

Título original: *Physiologie de l'employé*

Primera edición: marzo de 2018

© 2018 de la traducción: Hugo Savino

© 2018 de esta edición: Mármara Ediciones

www.marmaraediciones.es

Diseño: Carlos Úbeda

Ilustración de cubierta: *Le plan de Turgot de la ville de Paris.*

Ilustración de solapa: Rosa Navarro

Impresión: Kadmos

Impreso en España — Printed in Spain

ISBN: 978-84-947189-5-3

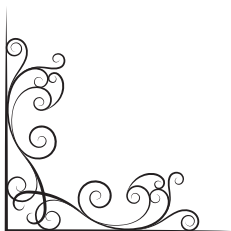
Depósito legal: M-5991-2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Fisiología del funcionario

Ilustraciones de Louis-Joseph Trimolett (1841)







CAPÍTULO I



Definición

¿Qué es un funcionario? ¿En qué categoría empieza o termina el funcionario?

Si fuese necesario adoptar las ideas políticas de 1830, la clase de los funcionarios estaría integrada por el conserje de un ministerio y no se detendría en el ministro. El Señor de Cormenin, ¡que la lista civil lo bendiga!, parece afirmar que el rey de los franceses es un funcionario que percibe un salario de doce millones, al que el pueblo puede destituir por la vía de los adoquines en la calle, y por la vía de los votos en la Cámara.

Toda la maquinaria política se situaría así entre los trescientos francos de sueldo de los peones camineros o de los guardas forestales y los

doscientos francos del juez de paz; entre los mil doscientos francos del conserje y los doce millones de la lista civil. En esta escala de cifras se agruparían los poderes y los deberes, los malos y los buenos sueldos, como resumen de todas las consideraciones.

Este es el bello ideal de una sociedad que ya solo cree en el dinero y que existe únicamente a través de las leyes fiscales y penales.

Pero la exigente moralidad de los principios políticos de esta fisiología no permite admitir semejante doctrina. El señor de Cormenin es un hombre de buen corazón e inteligente; pero un político pésimo, y esta fisiología solo le perdona sus panfletos por el inmenso bien que han hecho: ¿no han probado acaso que nada es más incivil que una lista civil? A partir de ahora los reyes de Francia y de Navarra no tendrán que pedir nada para ellos mismos a sus súbditos, decididamente hay que darles tierras y no un salario.

La mejor definición del funcionario entonces sería esta:

Un hombre que para vivir tiene necesidad de su sueldo y que no es libre de abandonar su puesto, ¡ya que solo sabe del papeleo!

¿Queda ahora despejada la pregunta? Esta definición explica las combinaciones más dudosas entre un hombre y un puesto. Evidentemente al rey de los franceses no se lo puede emplear como lo pretende implícitamente el ilustre Sr. de Cormenin: puede dejar el trono y prescindir de la lista civil. La declaración pública del Sr. Mariscal Soult es bastante inquietante para el estado político de los mariscales de Francia; pero la escasa destreza en la tribuna de este gran general, no permite insistir sobre este punto.

Evidentemente una vez más, un soldado no es un funcionario: desea verdaderamente abandonar su puesto, no se siente un funcionario, trabaja mucho y casi no cobra en metálico, el único metal que toca es el del cañón de su fusil.

Según esta glosa, un funcionario debe ser un hombre que escribe, sentado en un escritorio. El escritorio es la cáscara del funcionario. No hay funcionario sin escritorio, no hay escritorio sin

funcionario. Así el aduanero es, en el sistema burocrático, un ser neutro. Está a medio camino entre el soldado y el funcionario; está en los confines de los escritorios y de las armas, como en las fronteras: ni totalmente soldado, ni totalmente funcionario.

¿Dónde termina el funcionario? ¡Pregunta muy importante!

¿Un prefecto es un funcionario? Esta fisiología cree que no.

1^{er} Axioma

*Donde termina el funcionario,
empieza el hombre de Estado.*

Sin embargo hay pocos hombres de Estado entre los prefectos. De estas sutiles distinciones sacamos la conclusión de que el prefecto es un neutro del orden superior. Está entre el hombre de Estado y el funcionario, así como el aduanero se encuentra entre lo civil y lo militar.

Continuemos desenredando estas cuestiones tan complejas. ¿No puede esto formularse mediante un axioma?

2º Axioma

*Por encima de los veinte mil francos de salario,
ya no hay funcionario.*

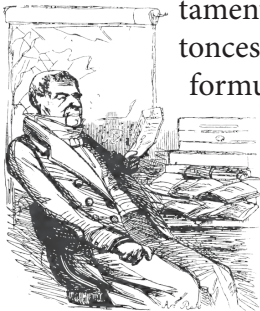
1^{er} Corolario. El hombre de Estado se declara en la esfera de los sueldos superiores.

2º Corolario. Los directores generales pueden ser hombres de Estado.

Tal vez en este sentido más de un diputado se dice:
¡Ser director general es una posición muy buena!

Cuatro directores generales son el equivalente
a la calderilla de un ministro.

De esta manera el funcionario termina implícitamente como jefe de división. Entonces ya tenemos la pregunta bien formulada, no existe ninguna certeza, el funcionario que podía parecer indefinible está definido.



Ser funcionario es servir
al Gobierno. Ahora bien,

todos aquellos que se sirven del Gobierno, como el Sr. Thiers, por ejemplo, lo emplean en lugar de ser sus funcionarios. Estos hábiles mecánicos son hombres de Estado.

Por el interés de la lengua francesa y de la academia, haremos observar que si el jefe de oficina todavía es un funcionario, el jefe de división tiene que ser un burócrata. Los despachos apreciarán este matiz lleno de delicadeza.

Dado que un juez es inamovible y no tiene un sueldo en consonancia con su labor, no se le podría considerar como parte de la clase de los funcionarios.

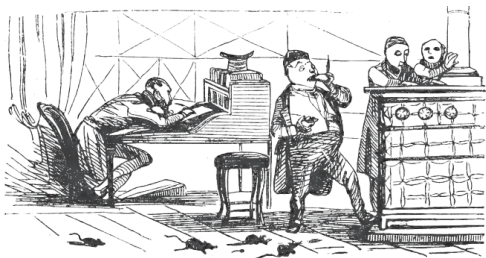
¡Terminemos con las definiciones! Para parodiar la famosa frase de Luis XVIII, formulemos este axioma.

3^{er} Axioma

*Junto a la necesidad de definir,
se encuentra el peligro de enredarnos.*



CAPÍTULO II



Demostrada la utilidad de los funcionarios

Una vez bien cribada la materia, examinada con cuidado, dividida, se presenta otra pregunta, no menos política: ¿para qué sirven los funcionarios?

Porque si el funcionario no sabe hacer otra cosa que dedicarse al papeleo, como hombre no debe valer gran cosa. Así pues, no llegamos a nada.

¡Oh, enemigos de la burocracia!, ¿hasta cuándo seguirán diciendo estas frases tan vacías de sentido como pueden serlo los funcionarios mismos?

Cuando uno recoge un tornillo, una tuerca, un clavo, una varilla de hierro, una arandela, una brizna de acero, en todo esto no vemos ningún valor, pero el mecánico se dice: «Sin estas minucias, la máquina no funcionaría».

Esta parábola extraída de la industria, para estar a tono con nuestra época, explica la utilidad general del funcionario.

Aunque la estadística sea la niñería de los hombres de Estado modernos, que creen que las cifras son el cálculo, debemos servirnos de cifras para calcular. ¿Calculamos? La cifra es por otra parte la razón concluyente de las sociedades, basadas en el interés personal y en el dinero, donde todo es tan variable que las administraciones se llaman 1º de marzo, 29 de octubre, 15 de abril, etcétera. Así nada convencerá más a las *masas inteligentes* que un poco de cifras. Todo, en definitiva, dicen nuestros hombres de Estado, se resuelve mediante cifras. Pongamos una cifra.

Contamos con alrededor de cuarenta mil funcionarios en Francia, un barrendero, una torcedora de cigarros no son funcionarios. La media de los sueldos es de mil quinientos francos. Multipliquemos cuarenta mil por mil quinientos y obtendremos sesenta millones.

Ahora bien, hagamos ver a Europa, a China, a Rusia, donde todos los funcionarios roban, a

Austria, a las repúblicas americanas, al mundo, que, por ese precio, Francia obtiene a la más indagadora, la más meticulosa, la más borroneadora, la de más papeleo, la más inventariera, controladora, verificadora, diligente, señora de la limpieza de las administraciones pasadas, presentes y futuras. No se gasta, no se cobra un céntimo en Francia que no esté ordenado por una nota, pedido por una nota, aprobado por un documento, producido y reproducido de acuerdo a un financiero, pagado contra una factura; luego el pedido y la factura se registran, se controlan, se verifican, por medio de gente con gafas. A la menor contravención, el funcionario se espanta. Los funcionarios, que viven de estos escrúpulos administrativos, los mantienen y los consienten; si es necesario, los hacen nacer y son felices de comprobarlos, para comprobar su propia utilidad.

¡Nada de esto le ha parecido suficiente a la nación más espiritual de la tierra!

En el Quai de Orsay, en París, se construyó una gran jaula de pollos, vasta como el Coliseo de Roma para alojar allí a los magistrados supremos de una

Corte única en el mundo. Estos magistrados pasan sus días verificando todos los vales, papelotes, funciones, controles, avales, pagos, contribuciones recibidas, contribuciones gastadas, etcétera, que los funcionarios han escrito. Estos jueces severos extreman el talento del escrúpulo, el genio de la investigación, la vista de lince, la perspicacia de las cuentas hasta rehacer todas las sumas para buscar sustracciones. Estas sublimes víctimas de las cifras reenvían, dos años después, a un intendente militar, un estado de cuentas anodino donde el error es apenas de dos céntimos.



Oh, Francia, el país más espiritual del mundo, podrán conquistarte, pero ¿engañarte? ¡Ah!, ¡ay!, nunca. Eres del tipo femenino.

Así la administración francesa, la más pura de todas aquellas que son amigas del papeleo en el globo, hizo que el robo fuese imposible. En Francia la confusión es una quimera.

¡Oh, contribuyente afortunado, duermes en paz. Si pagaras un franco de más, el primer presidente Barthe, tan falsamente acusado de no ver claro, de ver incluso tan poco que él mismo ya no se ve carbonario, lo vería, te lo enviaría de nuevo, y tú volverías a ver ese franco! Te lo repito, duermes en paz.

Aquí, esta fisiología se dirige a todos los industriales, comerciantes, vendedores, acaparadores, cultivadores, emprendedores de la bella Francia, e incluso a aquellos de los otros países del globo, porque este libro quiere darse *un objetivo de utilidad científica*, y poner un perdigón de plomo en sus encajes. ¡Qué negociante hábil no arrojaría alegremente, al abismo de una aseguradora

cualquiera, el cinco por ciento de toda su producción, del capital que sale o que entra, con tal de no tener *despilfarros*! Todos los industriales de los dos mundos suscribirían con alegría un acuerdo semejante con este genio del mal llamado *despilfarro*. ¡Y bien!, Francia tiene un ingreso de doce mil millones en sus cajas, y doce mil millones salen de ellas. Francia maneja entonces dos mil cuatrocientos millones, y solo paga sesenta millones, dos y medio por ciento, para tener la certeza de que no hay *despilfarro*.

El derroche solo puede ser moral y legislativo, si las Cámaras son cómplices, el derroche se vuelve legal. El *despilfarro* consiste en hacer trabajos que no son urgentes o necesarios, en construir monumentos en lugar de hacer vías férreas, en quitar y poner galones a las tropas, en ordenar la construcción de navíos sin preocuparse por saber si hay madera y si la pagan muy cara, en prepararse para la guerra sin hacerla, en pagar las deudas de un Estado sin pedirle el reembolso o garantías, etcétera, etcétera. Pero este gran *despilfarro* es algo que no le interesa al funcionario. Esta mala gestión

de los asuntos del país le concierne al hombre de Estado. El funcionario no comete estas faltas como tampoco el escarabajo profesa la historia natural; pero las comprueba.

Esta página profundamente gubernamental se inspira en las miserias del funcionario, tan cruelmente amenazado por la prensa, atacado por la Cámara, y sobre el que caen incesantemente estas palabras: ¡la centralización!, ¡la burocracia!

Por cierto, la burocracia tiene fallos: es lenta e insolente, traba un poco demasiado la acción ministerial, ahoga muchos proyectos, detiene el progreso; pero la administración francesa es admirablemente útil, sostiene la industria del papel. Si, como las excelentes amas de casa, es un poco burlona, puede sin embargo, en cualquier momento, rendir cuentas de sus gastos.

Nuestro libro de cocina política cuesta sesenta millones, pero la gendarmería cuesta mucho más, y no impide que nos roben. Los tribunales, las prisiones y la policía cuestan otro tanto y no hacen que nos devuelvan nada. Por lo tanto, ¡vivan los despachos y sus augustos informes!

«Este es el bello ideal de una sociedad que ya solo cree en el dinero y que existe únicamente a través de las leyes fiscales y penales.»

En su particular anhelo por cambiar el mundo a través de la literatura, en esta *Fisiología del funcionario* nos encontramos con un Balzac desconocido; convertido ahora en un panfletista incisivo y virtuoso que nos descubre el funcionamiento de la administración.

«Un texto de una asombrosa actualidad.»

Pierre Bazantay

IBIC: FA

ISBN: 978-849-47189-5-3



9 788494 718953 >